

Colección Ars Libers

AIL

03

Retórica: la metodología de las humanidades

Por James C. Raymond

RETÓRICA: LA METODOLOGÍA DE LAS HUMANIDADES

Por James C. Raymond¹
Trad. Alejandro Tapia

Título original: *Rhetoric: the methodology of humanities*

Documento presentado en la 32ava edición de la Annual Conference on College Composition and Communication (Dallas, Texas, Marzo 26-28, 1981).

College English, Volumen 44, Número 8, Diciembre de 1982

DR © de la presente traducción: Ars Optika Editores, S.A. de C.V. Anáhuac 51-A-01, El Mirador, Coyoacán, 04950, México, D.F. www.arsoptika.com.mx

Colección Ars Libers, 2016.



¹ James C. Raymond es profesor asociado de la enseñanza del Inglés y asistente deam en la Escuela de Graduación de la Universidad de Alabama. Es autor del libro de texto *Writing (Is an Unnatural Act)*, 1980) y, con Ronald Goldfarb, de *Clear Understandings: A Guide to Legal Writing*, 1983. También ha editado el texto *Literacy as a Human Problem*, 1982. Actualmente se encuentra trabajando en la *Harper Guide to College Writing* y en la *Harper Guide to Critical Reading*.

ABSTRACT

LOS CIENTÍFICOS NO TIENEN dificultad en definir sus disciplinas por su objeto de estudio y su metodología, en cambio los humanistas, a pesar de que estén de acuerdo en sus objetos de estudio, no tienen consenso acerca de la metodología que los define. En el siglo veinte hubo una tregua que es resultado de que se asumiera que no puede haber coexistencia entre ambos; científicos y humanistas están conformes con ser tratados como separados pero iguales, en tanto que los científicos sociales se consideran científicos en la medida que ello conviene a sus propósitos. Las humanidades producen conocimiento sin la ventaja de los laboratorios, algunas veces trabajan como los científicos, pero sus recursos son la palabra, las analogías, los ejemplos asombrosos, y la lógica, que es lo que constituye sus pruebas no científicas. Es decir ellos son los retóricos, aplicando las herramientas aristotélicas como metodología para descubrir las pruebas acerca de las cuestiones que las ciencias empíricas no pueden alcanzar: la física por ejemplo puede explicar cómo construir un reactor nuclear, pero no porqué el reactor debe ser construido. Las implicaciones de los límites de la ciencia en la investigación sobre la composición consisten en que limitando el estudio sólo a la investigación cuantitativa o dando paso a expectativas no realistas acerca de lo que la investigación cuantitativa alcanza a ofrecer podría ignorar el dominio que la teoría retórica tiene desde Aristóteles hasta hoy para ver los fenómenos.

Para la elaboración de su reporte del año pasado la Fundación Rockefeller se ha centrado especialmente en la Comisión de Humanidades. En dicho reporte, se puede encontrar, entre otros énfasis significativos, pasajes como el siguiente, que intentan decirnos qué son y qué no son las humanidades:

La esencia de las humanidades es el espíritu de la actitud en torno a la humanidad. Ellas muestran la autonomía de lo individual y al mismo tiempo demarcan, en las ligaduras del lenguaje y la historia, la aventura humana a través del tiempo y a lo largo del mundo. Las humanidades son una importante medida de los valores y de las aspiraciones de cada sociedad. Intensidad y amplitud en la percepción de la vida y poder y riqueza en trabajos de la imaginación que dibujan a la gente viva a través de sus principios estéticos y morales, ciudadanos en todo el sentido de la palabra. Ellos basan su educación en la sustentación de principios de enriquecimiento personal y de la responsabilidad cívica. Son sensibles a la belleza y son conscientes de su herencia cultural. Pueden aproximarse a cuestiones de valor, no importando que complejo sea, con inteligencia y buena voluntad. Pueden usar sus logros científicos y técnicos responsablemente porque ven las conexiones entre ciencia, tecnología y humanidad.²

Este es un lenguaje conmovedor, no hay duda, y expresa sentimientos que todo mundo en esta sala podría aprobar. Pero el reporte ha sido criticado justamente por adoptar ese tipo de perspectiva: por escribir sobre las humanidades en palabras que harán a los humanistas sentirse bien por ser humanistas, pero que no permiten iluminar a los científicos, ingenieros o políticos sobre cómo es que operan las humanidades. El reporte predica a los ya convertidos, pero falla en definir las humanidades como disciplinas o como una colección de disciplinas relacionadas en un modo que pueda ser aprehensible para los practicantes de otras disciplinas.

Los científicos no tienen problemas en definir sus disciplinas. Una disciplina, en general, podrían decir, debe tener un objeto de estudio y una metodología. La metodología de la

2 *The Humanities in American Life: Report of the Commission on the Humanities* (Berkeley: University of California Press, 1980), 3.

ciencia es una investigación hipotético-inductiva, y existe justamente un consenso general sobre lo que eso implica a pesar de que existan algunas objeciones sobre ciertos puntos finos.

El objeto de estudio de la ciencia varía de acuerdo al nombre de la ciencia de que se trate. La Física es la aplicación de una investigación hipotético-deductiva a los fenómenos de la materia y la energía. Las varias subdivisiones dentro de la física –vg. la acústica, la óptica, la mecánica, la termodinámica, la criogenia, etcétera- consiste en la aplicación de la misma metodología a los diferentes subcampos de las categorías generales de la materia y la energía.

Las Humanidades, en cambio, tienen algunos problemas para fijar su objeto de estudio, pero en lo que no tienen consenso es en lo concerniente a su metodología. En general su objeto de estudio incluye, como los lo recuerda la Comisión Rockefeller, lenguajes, literatura, historia, filosofía, las artes, la historia y la comparación entre las religiones y leyes, la lingüística, la arqueología, la ética, y pueden incluirse también “aquéllos aspectos de las ciencias sociales que tienen un contenido humanístico y emplean métodos humanísticos.”³ Pero ahí está el problema. ¿Cuáles son los métodos humanísticos? El reporte no lo dice. Como en otros comentarios recientes acerca del estado de las humanidades, es lamentable el hecho de que los humanistas parezcan incapacitados a decirse unos a otros, mucho menos que otras personas, cómo es que hacen lo que hacen y cómo sus métodos están relacionados con otros métodos en otros campos:

La necesidad de interrelacionar las humanidades, las ciencias sociales, las ciencias y la tecnología probablemente nunca ha sido tan grande como hoy... estancados en la frustración, la incompreensión o la indiferencia, es claro que la colaboración entre humanistas, científicos y tecnólogos es insuficiente. En las universidades y en la vida pública, persiste la impresión de que las humanidades y las ciencias forman dos culturas separadas, no inteligibles unas con otras.⁴

En los tiempos modernos, la disyuntiva entre la ciencia y otros modelos de investigación comienza con Auguste Comte, el matemático y filósofo francés que es conocido como el padre del positivismo. De acuerdo a Comte sólo las disciplinas empíricas merecen ser llamadas “ciencias”; las otras deben ser desestimadas como mera “especulación”. Freud por su parte también contribuyó a la disyuntiva, particularmente en la última de sus **New Introductory Lectures on Pschico-Analysis**, que no sólo es un elogio del método científico, sino un ácido ataque a esas otras fuerzas que habitual u ocasionalmente fallan al limitarse a sí mismas al razonamiento inductivo –llámese artes, filosofía, o religión, el terreno tradicional de las humanidades.

“No hay otra fuente de conocimiento del universo”, dice Freud, “pero la manipulación intelectual de las observaciones cuidadosamente verificadas puede, de hecho, ser llamada investigación, aunque (...) no existe conocimiento que pueda ser obtenido por la revelación, la intuición o la inspiración”.⁵ Como si él hubiera anticipado la frágil tegua que I.A. Richards estableciera entre el discurso poético y científico, Freud se adelanta a declarar que no existe posibilidad de coexistencia:

Es inadmisble declarar que la ciencia es un campo de la actividad intelectual de los humanos, y la religión y la filosofía son otros, igualmente válidos (...) el hecho desnudo es que la verdad no puede ser tolerante y no puede admitir compromisos y limitaciones, de modo que

³ *The Humanities in American Life*, 2.

⁴ *The Humanities in American Life*, 6.

⁵ “New Introductory Lectures on Psycho-Analysis”, tr. De W.J.H. Sprott, *The Major Works of Sigmund Freud*, Vol. 34 de los *Great Books of the Western World*, R.M. Hutchins and M.J. Adler, eds. (Chicago: Encyclopaedia Britannica, INC., 1952), 874. Las citas subsecuentes se refieren a esta edición.

la investigación científica aparece en el espectro completo de la actividad humana como le corresponde, y no hay otro poder que pueda pretender usurpar ninguna parte de esta provincia. (p. 875)

En la misma lectura Freud arremete contra aquéllos que dicen tener una verdad “más reconfortante y más noble que cualquiera que usted pueda tener con la ciencia”, una verdad “en un sentido diferente y más elevado” (p. 880). El hombre ordinario no va a venirse abajo por tal suerte de discurso, dice Freud. “El hombre ordinario sabe sólo una *verdad* –verdad en el sentido ordinario de la palabra (...) La verdad le parece poco capaz de tener distintos grados, como la muerte” (p. 880).

Aunque Freud está atacando a los defensores de la religión en este pasaje, él está por igual atacando cualquier apología de los estudios humanísticos, incluyendo el reporte de la Comisión Rockefeller, que sólo propone y alaba la validez de su metodología sin meterse en el problema de establecerla sistemáticamente.

Sin embargo, una precaria tregua ha prevalecido entre las ciencias y las humanidades durante el siglo veinte, no una tregua basada en la comprensión mutua, sino en la asunción no de una genuina convivencia como algo posible, sino de una que refuerza la confortable distinción de I.A. Richards entre el discurso poético y el discurso científico, o la diferenciación de Ornstein sobre las funciones de los hemisferio izquierdo y derecho del cerebro o, más significativamente, la que se manifiesta en la realidad de las universidades a través de sus mecanismos políticos y económicos, donde los científicos y los humanistas se contentan con ser tratados como separados pero iguales (aunque no creyendo realmente en la parte que es “igual”) mientras que los científicos sociales se ciernen entre ambas, sosteniendo que son científicos cuando la ciencia se ajusta a sus propósitos, pero no siempre sujetándose a generalizaciones que puedan ser verificadas con la certidumbre de la ciencia.

En realidad hay una relación clara y definida entre las varias metodologías que existen en la investigación académica, y el mejor modo de descubrirlo es mirando alrededor de cualquier campus universitario y determinar cómo es que proceden aquéllos que claman estar produciendo nuevo conocimiento. Aquéllos que producen conocimiento científico en el sentido en que lo describieran Comte y Freud son fáciles de localizar porque tienen laboratorios o colecciones de especímenes que son los que se utilizan en la investigación empírica. De entre los otros científicos hay dos grupos: aquéllos que han construido sistemas de símbolos independientes (p. ej. los lógicos, los matemáticos y los computólogos) y aquéllos que no los tienen. Pero una relación está emergiendo. Las ciencias empíricas utilizan las matemáticas para constituir sus pruebas, aunque al revés no sucede lo mismo. En otras palabras, el método de la ciencia consiste en llegar a describir los datos empíricos en términos matemáticos y lógicos, pero el método de las matemáticas y la lógica es, en su pura forma, indiferente e incluso hostil a la aplicación empírica.

El tercer grupo en el campus –aquéllos que se encuentran produciendo conocimiento acerca del lenguaje y la literatura, las artes, la historia, la filosofía o bien la religión comparada, o la ley o la conducta humana y social, sin el beneficio de los laboratorios o de los sistemas especiales de símbolos, algunas veces trabajan como si fueran científicos –insistiendo en la evidencia empírica y la probabilidad estadística. Pero su medio habitual es la palabra, y a menudo ellos utilizan pruebas no científicas en sus discusiones: analogías que pueden ser reveladoras, ejemplos que son sorprendentes más que aleatorios, especulaciones acerca de cadenas de causalidad que involucran motivos humanos que son inescrutables bajo ningún sentido científico o variables que son más numerosas de lo que cualquier actuario podría contar.

Estos no son los alquimistas ni los nigromantes. Son los retóricos. Son los que aplican las herramientas que Aristóteles subrayó en su **Retórica** como metodología para descubrir pruebas acerca de cuestiones que ninguna ciencia empírica o dialéctica podría alcanzar. Aunque Aristóteles las aplicó primeramente a los temas políticos y legales y al discurso público, son aparentemente las “pruebas no científicas” que él describió en la **Retórica** las que se aplican hoy en prácticamente todo campo que no está limitado a los laboratorios.

Pero hay un cuarto grupo también: aquéllos que hacen cosas más que producir conocimiento. Este grupo incluye todas aquellas disciplinas que consideramos aplicadas, particularmente la ingeniería y las bellas artes.

Lo que emerge de esta inspección no es un empate hostil entre metodologías incompatibles, sino una serie de cajas agrupadoras, cada una más grande que la otra: la metodología de las matemáticas (que es razonamiento deductivo sobre premisas asumidas) es la caja más pequeña; la metodología de las ciencias de laboratorio es una caja más grande, incluye los *principia mathematica*, pero además incluye la observación empírica, la evidencia inductiva. Y la retórica, la metodología de las humanidades, es la caja más grande, incluye los *principia mathematica* así como la observación y la inducción, pero además incluye un tipo de pruebas que la ciencia y las matemáticas no pueden incluir –a saber, el entimema, una línea de razonamiento que versa sobre lo probable. La metodología de los artistas y los ingenieros –los creadores- puede en última instancia no tener definición; pero consciente o inconscientemente los ingenieros emplean la física y las matemáticas, mientras que los artistas hacen uso de cualquier otro campo tanto por el medio como por la materia con la que constituyen sus obras.

En otra ocasión yo sugerí que las líneas clásicas de prueba –p. ej. la analogía, la dialéctica, el ejemplo- aparecen en formas ligeramente distintas en cada tipo de investigación. Y además he subrayado que las diferentes cajas representan una jerarquía de certidumbres, en cuyo pináculo se encuentran las matemáticas otra vez. En otras palabras, mayores grados de certidumbre son alcanzados mientras más reducido es el espectro. Los matemáticos, como varios filósofos lo han señalado, son los únicos que pueden estar seguros acerca del conocimiento que producen, porque se trata de un sistema cerrado, puramente racional, exento de las incertezas que son inherentes a la observación empírica.

La ciencia empírica es más útil pero menos cierta –más útil porque describe eventos más físicos que racionales, pero menos certera porque su descripción está siempre sujeta a la revisión, algo que se impone ante el surgimiento de nuevos datos- está siempre limitada por la imprecisión de las mediciones. La retórica, aplicada a las humanidades o a cualquier otro campo, es todavía más incierta que las ciencias, pero mucho más útil porque ella tiene que ver con cuestiones que la ciencia metodológicamente excluye: cuestiones acerca de los valores, de la ética, la estética, el significado, la política, la justicia, la causalidad que implica motivos humanos, y de la causalidad que involucra un número indeterminado de variables. En suma, la física puede decirnos cómo construir un reactor nuclear, pero no puede decirnos porqué debe ser construido, o dicho de otro modo, discernir cuál es el balance entre los costos y los beneficios que tendrá hacerlo.

Una de las ventajas que tiene clarificar la metodología de las humanidades es que ello permite también definir mejor los límites de la ciencia. Freud, por supuesto, como muchos científicos después de él, creía que la ciencia no tiene límites. Imaginó que las ciencias podrían abordar cualquier cuestión (“la investigación científica aparece en el espectro completo de la actividad humana como le corresponde”, citamos antes) o incluso que resuelve “el misterio del universo” (p. 880) si tuviera suficiente tiempo. Los únicos límites que el concibe son esas “características negativas, como aquéllas que limitan (a la ciencia) a la verdad y a rechazar las ilusiones” (p. 884) y hacia “lo que es, en cualquier momento, cognoscible” (p. 874).

Esta última limitación marca la frontera entre ciencia y retórica, en tanto que lo que es cognoscible en el sentido científico es sólo aquello que puede ser verificado por datos empíricos. Desafortunadamente, los candentes problemas de la política, la economía, la pedagogía o las relaciones internacionales son el tipo de cosas que no pueden ser resueltas convenientemente por los datos empíricos, y varias de ellas no pueden ser resueltas empíricamente a pesar de lo inconveniente que ello resulte porque ellas no son manejables desde las técnicas científicas. Esas son el tipo de cosas que requieren los métodos humanísticos, no para ser resueltas (ya que la resolución es a menudo imposible) sino para arribar a un juicio y a una decisión. El propio uso de un método, entonces, comienza por la identificación de un objeto de estudio y después por determinar el método que es apropiado para lidiar con él. Eso, supongo, es lo que Aristóteles tenía en mente cuando dijo algunas palabras con el mismo efecto al inicio de su *Ética Nicomaquea*: “porque es distintivo de una persona educada buscar la certidumbre de cada clase de cosas hasta donde la naturaleza de la cosa lo permite, ya que es igualmente equivocado aceptar del matemático razonamientos probables como pedirle al retórico que haga demostraciones científicas”.⁶

Los físicos violan los límites de su disciplina cuando pretenden hablar *como físicos* y recomendarnos que alentemos o que evitemos la construcción de reactores nucleares. El juicio con el que se resolverá esta cuestión debe contar con la información completa de los datos científicos, pero no puede ser resuelta partiendo sólo de esos datos. El juicio –para hacerlos o no- debe necesariamente estar sustentado sobre la base de las incertezas que la ciencia no puede resolver.

Freud mismo viola los límites de la ciencia en la propia lectura en la que establece esos límites. La violación ocurre en un pasaje muy fuertemente cargado en el cual él argumenta que la noción entera de Dios como padre, en tanto que origen de la vida y de los preceptos éticos, es de hecho una sublimación de la dependencia infantil de los padres biológicos, quienes como niños nosotros consideramos sabios, omnipotentes y protectores, y además como árbitros de nuestro propio comportamiento (pp. 875-876). La analogía es desde luego remarcable, tal como son todas las analogías retóricas. Pero ésta no es conclusiva en el mismo modo como lo son los silogismos o ecuaciones conclusivas. Freud no está practicando ciencia en ese pasaje, sino retórica, y estemos de acuerdo o no con su conclusión debemos admitir que él es un gran retórico. Si los estudios religiosos son considerados aún parte de las humanidades, debemos decir incluso que Freud cometió un lapsus dentro del humanismo, o si usted lo prefiere que éste lo alcanzó en un momento, o que se tropezó con él.

Esto no significa que Freud debiera haberse abstenido de la especulación humanística por entero: si no lo hubiera hecho, no habría podido aventurar ninguna opinión acerca del valor del psicoanálisis, dado que las cuestiones de valor, cuando están bien impulsadas, tienen que estar basadas en asunciones que no pueden ser empíricamente verificables. El punto más bien es que Freud debía haber sabido distinguir, de entre sus descubrimientos científicos, aquellos juicios que provienen de otro tipo de pruebas. Irónicamente, Freud mismo es hoy ampliamente refutado por otras generaciones de científicos de la conducta que consideran muchas de sus obras más importantes como algo que tiene deficiencias en el tipo de investigación que él exalta y que parten de su lectura de la ciencia.

La imagen de las cajas puede ser más útil que el tradicional apartheid no porque sea más ecuménico en sus efectos, o porque sea más cuidadoso al reflejar la psicología del cerebro, o porque disipe el innecesario conflicto entre científicos y humanistas, sino simplemente

⁶ “Nicomachean Ethics”, tr. De W.D. Ross, *The Works of Aristoteles*, vol. 9 de *Great Books of the Western World*, R.M. Hutchins and M.V. Adler, eds. (Chicago: Encyclopedia Britannica, Inc. 1950), Libro I, Capítulo 3, 339-340.

porque describe mejor lo que los científicos y humanistas hacen actualmente. Los mejores científicos incluso se abstienen de hacer juicios humanísticos, o bien, cuando los hacen, no hablan como científicos en tal trance. A la inversa, los mejores humanistas descubren primero lo que la ciencia puede decir acerca de determinado tema antes de hacer juicios acerca de lo que ellos no están habilitados a decir.

Para ser imparciales, la responsabilidad de reconocer las fronteras metodológicas opera en más de una dirección. El hecho de que muchos científicos hayan tenido poco cuidado en aprender cómo las humanidades trabajan es sólo la mitad del absurdo problema que es resultado de la polarización de las dos disciplinas. Igualmente absurdo es que los humanistas asuman que ellos no tienen que aprender por experiencia lo que la ciencia puede hacer antes de que ellos se esfuercen en identificar cuáles son los problemas que la ciencia puede resolver y cuáles no. En este entendido puede quedar claro que el actual debate entre antropólogos, historiadores, lingüistas y filósofos acerca de la extensión para la cual algunas investigaciones deben ser limitadas a datos empíricos es un falso debate. Cuando se trata con cuestiones que pueden ser resueltas con datos empíricos, se tiene la responsabilidad de utilizar el método científico. Cuando se tratan cuestiones que la ciencia no puede resolver, existe la responsabilidad de utilizar otro tipo de pruebas, y no pretender que se está hablando como científico. Y no sería sólo irresponsable sino innecesariamente limitante que esos investigadores se priven a ellos mismos de cualquier metodología que les permita tener mayor rigor o alcanzar un espectro más grande de visión.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el curso Freshman English, de enseñanza del inglés? En un amplio sentido éste sugiere una salvedad acerca de la dirección en relación a la cual este campo debe dirigirse. Braddock, Lloyd-Jones y Schoer alguna vez subrayaron que “La enseñanza actual de la Composición... debe ser comparada con la investigación química en cuanto que ésta ha surgido del período de la alquimia.”⁷ Dicha comparación, puesta junto a la actual popularidad del libro de Thomas Khun *La estructura de las revoluciones científicas*⁸, puede llevarnos a la peligrosa conclusión de que la investigación en Composición debe capitular y seguir la evolución de la investigación científica, y que no son posibles nuevas visiones sobre la naturaleza de la escritura que sean válidas más que si están soportadas por estadísticas y niveles de significación. Nadie niega que lo que puede ser cuantificado hay que cuantificarlo, pero limitarnos a la investigación cuantitativa, o incluso desarrollar falsas expectativas sobre lo que la investigación cuantitativa puede ofrecer (lo que parece ser la tentación más sugestiva) puede privarnos a nosotros mismos de la amplísima visión que la retórica puede ofrecernos desde la antigüedad hasta el presente.

Pero, cerca ya de la clase de idioma y composición que se impartirá el lunes por la mañana: si la composición puede ser concebida como instrucción acerca del pensamiento que la escritura puede hacer posible, es importante para todos aquellos que vamos a impartirlo tener una clara noción sobre qué tipo de pensamiento es éste y cómo difiere de otras formas legítimas de pensamiento. El curso *Freshman English* puede ser el último vestigio de la educación general en muchos campus universitarios, el único curso que es requerido todavía y en el cual los estudiantes pueden entender las distinciones que Aristóteles señaló como las características esenciales de una persona educada. En este sentido, el curso *Freshman English* puede ser la última esperanza del ideal Jeffersoniano de que los estudiantes del colegio se vuelvan educados antes de aprender a ganarse la vida.

⁷ Richard Braddock, Richard Lloyd-Jones and Lowell Schoer, *Research in Written Composition*, (Urbana: NCTE, 1963), 5.

⁸ Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: University of Chicago Press, 1962).